

Al convocar mi aliento  
que llamea en la caverna,  
desligo la sombra y el humo  
de la brasa de mi aura.  
Trasciendo a mi ombligo,  
al remanso amniótico,  
desnudo en mis afanes.

Simulo el pan  
y el vino de la alianza...

Sin volver,  
los recuerdos manchan mi nostalgia.  
En el quicio de la puerta,  
los colores ladran vida,  
y el alero de la casa  
es la razón de mi razón.  
Es la fuerza y el destino  
irreversible de la historia.

La cúpula del campanario retuerce la llama  
que atraviesa mi nostalgia.

Agonizo en la palmera,  
y en el enramado del amate y sus misterios,  
reconocí la piedra en pulimento natural,  
el barro de la hoguera,  
haciendo infinita la agonía.

Se fue la infancia de ceniza  
en cuadernos y silabario,  
en hojas pálidas de muerte.

Hoy, nace entre la sombra la sed;  
entre el oleaje del humo, la vida.

Y vuelvo sumergido en los ojos moribundos  
del anciano sueño de victoria.

Estoy aquí,  
entre caminos, ríos y piedras;  
entre bejucos, árboles y sombras;  
entre el golpe que palpita,  
añorando la campana y su repique,  
añorando mi Sumpul,  
ubre de mi leche y de mi pueblo.

Lenguas de carbón disueltas en harapos,  
sueños arrugados,  
piel de tierra.  
Hostias que disipan  
la mugre en la sonrisa

Forma de voces  
y ojos inocentes desplazados,  
de lloros enterrados,  
de pezones rojos,  
de tortillas,  
de bellotas,  
de féculas blancas.

Y entre la roca,  
el pueblo tatú.

Debo despeinar la vida  
y coronar la lluvia de pájaros azules,  
amanecer desnudo,  
hechizado de nostalgia.  
El paladar y el labio,  
dibujando arenas.  
La mácula  
redondea la verdad.  
Mi instinto  
arrastra partituras,  
trenza cantos, vida.  
Y en la cintura,  
desborda laberintos.

Baja despacio del espacio.  
Iracundo el vuelo,  
hace crujir su pluma en el oleaje.  
En remansos voluptuosos,  
sagrada en el talapo de color,  
menuda en la tinta creadora,  
directa con pájaro-obsidiana.  
Como puñal y aleteo,  
como penacho y barro maya pipil,  
como Illapu, la antorcha de los dioses,  
como simiente de razas  
que han de fecundar el horizonte  
con la palabra aguda de memorias.

Asomas ácido,  
arete de miel,  
coágulo fecundo.  
Diciembre te madura,  
te mece en el vacío.  
Palpo la pulpa venosa de tu sangre,  
en la rama frondosa  
te pierdes en azul.  
Tamarindo sacudido:  
al sur se anida más el fruto;  
al norte cuaja menos la espesura.  
Ven a detener el golpe  
y a retener el viento de mi esperma  
que olea en la pureza.

Una maraña de insectos y hombres,  
que amontonan luces y semillas,  
balbucean y coronan márgenes de sol  
y asumen como tuyas  
las voces de la noche.

Croan piedras en la espuma  
y la sangre obscura recorre el cuerpo disecado,  
dilatando la sustancia fría  
que corroe vísceras.

En el árbol agoniza  
la mosca inmaculada.



El invierno atardeció en octubre,  
palidecieron hilos y barriletes violeta.  
Vuelan sombras,  
mariposas,  
puntos de océanos y mares.

Locomoción de espigas  
y rieles perpetuos,  
que buscan los enigmas y las campanillas  
en el último arco iris

Abrazo hilos y deseos.  
Encadeno la mentira  
y la huella sigilosa en los relámpagos  
formando azul  
sobre las aguas de mayo florecido.

En el quipu de mis ancestros,  
la palabra perdura en versos;  
los años, en semillas.  
Germinan las espigas  
y regresan graves las páginas heridas  
en clorofila nueva.  
Y el color gravitatorio  
de las hojas húmedas, rociadas de penumbra,  
leves y agitadas,  
desata la brea  
y la correa de mi caite.

Fermento de milagros  
y de espermas nutridos.  
En el Sumpul y el Tamulasco,  
sangre vertida en pedernales de obsidiana.  
Cuñas de embrionaria mocedad  
en la simiente retorcida de la sierpe.  
Cayaguanca,  
aposeno de los dioses,  
formas angulares de húmeda ceniza.

La golondrina curva tu obelisco  
y empolva con el barro los mosaicos de granito  
fundido con arena y mármol.

El crucifijo fluvial hace espuma al verso  
en la luna creciente de tu flexo despoblado.

Aquí,  
barriletes y pinos descascaran el fruto  
y golpean  
el calcañal sin caite,  
sin petate ni tapexco.

Como trampolín deja su fuerza  
en el péndulo incesante;  
la llama juguetona  
derribe la sincronía de mis ansias.  
Humo y glicerina evaporan segundo a segundo  
el compás del movimiento.  
Se cristaliza la penumbra  
hasta desligar el llanto en sorbos grises de misterio.

La materia me vuelve etéreo.  
Surco el quiasma medular,  
agujoneo el néctar y el ámbar secreto.  
Burlo al olvido,  
y en la memoria  
aparece mi Sumpul.

La pócima chortí tejerá los gritos  
que golpean los recuerdos,  
fumará los años,  
y la angustia de siglos regresará  
a la piel fresca  
y sin arrugas.



La punta tornasol  
arquea la rama  
junto a los ojos inundados  
de miel, ansias y deseos

La savia palpita:  
sangre verde  
hoja y piel  
que hace caer el néctar  
viscoso de la vida.

Mecapal ceñido al pensamiento,  
golpe de piedra,  
luz y fuego.

Cántaro quebrado,  
pulimento en la llama.

Fragua arterial en el acero,  
policromía ancestral  
y erupción de la conciencia.

Encendí el acento tras el mudo resonar de lo sonoro,  
aquello que suspende la sangre en la página blanca de  
la risa.

¿Cuánto tiempo de adobes y de pájaros?,  
¿cuántas cosechas, cuerpo mutilados, ojos perdidos de  
futuro?,  
¿cuántas décadas incuban a la historia?

La de tejados verdes y amarillos que remonta Iramón,  
donde se unen el Lempa y el Sumpul,  
bajo la sombra del salamo y el piar de la urraca.

La de sueños moribundos, donde la metralla acechó  
cortando infancias,  
en los labios llorosos que buscaron miel de los pezones.  
Murmullos pisoteados por el hambre,  
entre la flacidez del cuerpo y la sombra que agoniza.

Y esta, que despunta en el cemento,  
en ríos y caminos asfaltados,  
que me asfixia el retorno a las ruinas de horcones  
y adobe que marcan nuestra infancia,  
sobre el Pegaso de papel queriendo vencer a la quimera.

El quiosco durmió bajo la ceiba  
y cobijó en la sombra los gritos y retozos  
de aquellos sueños que corrían la dulzura y la añoranza.

No despojó el recuerdo  
ni separó las horas  
de la angustia rutinaria.

La voz sobre la guerra  
vertía palabras temblorosas  
mirando los recuerdos.

El maxilar abierto  
dejaba entrever la edad  
en cada hueco amargo

Buscaba entre los años  
la claridad de la poza que reflejaba los ojos trémulos  
sin entender,  
sin saber,  
que al otro lado de la puerta  
se encontraba la ausencia que buscaba.

Conocí el mundo en la arrugada espalda de mi pueblo,  
en el surco de sus milpas  
donde crecieron ideales  
y sueños de victoria.

Ahí murieron la primavera  
y los hijos del Sumpul.  
Ahí los sin nombre  
tienen nombre.  
Ahí donde la esquirla  
golpea nuestra historia.  
Ahí donde el brazo se levanta desangrado  
como esta primera cosecha de mis versos.

Debemos esperar  
el abanico de los pasos  
para ser olas que regresan  
al laberinto de razones,  
para ser la sacudida primera  
del huracán que afixia  
las ancas de la muerte.  
Debemos recordar  
que los transeúntes fieros,  
están dispuestos a nacer de nuevo,  
a hacer poliformas que graviten  
este universo que se expolia  
ansioso de memorias y de sueños.

He cosechado espigas, racimos, gajos,  
frutas verticales de erectos colores fríos,  
rutas de piedra y agua.

He crecido  
en la energía dual del universo,  
en la cumbre evolutiva del deseo.

Acepto que los años envejecen la memoria,  
que las fuerzas decaen con el tiempo,  
que el pensamiento aflora lúcido,  
que el brillo de la piel se apaga  
con la visión fresca,  
más cercana a lo que empieza,  
al retorno prolongado que incrusta su esperma  
en la espiga universal.

He cosechado en la batalla  
cuerpos desangrados sin aliento,  
pero aún no he segado mi futuro.

## TODO SE PIERDE EN UN INSTANTE

*A Jon de Cortina*

El sol se cuaja en tu estatura y derrite tus fuerzas.  
En setenta amaneceres, la célula del cuerpo se disipa  
y todo se pierde en un instante.

La sonrisa se esconde detrás de las palabras  
y mil sonidos hacen eco de campanas en Guarjila.

Tus sandalias no pisarán más el pueblo de Las Flores  
ni mojarás tus pies en el Sumpul de tu agonía.

Duerme, en el sueño que prolonga la vida:  
el quehacer diario de tu pueblo y de tu sol  
se llevó cansado tu último suspiro.

Invencible ante la muerte,  
congregas pájaros y soles en la última morada.

Y en la página blanca de tu alma,  
los niños atestiguan que tu nombre  
será ceniza de siglos ancestrales de victoria.



## PADRE

Te lloran las cigarras,  
el chiquirín y el torogoz,  
la quebrada y la piscucha,  
la flor de fuego,  
el jocotal y el chintorolo.

Te lloran la palabra,  
la canción,  
la sordera bulliciosa,  
el sangrante deseo incomprensible,  
el miedo a no encontrarte,  
a que resucites y yo no esté.

Te llora el campesino,  
el caite sin correas,  
el sombrero,  
la cuma,  
el manantial,  
la gota cristalina  
que humedece tu sudor,  
la piedra hiriente  
cajando entre los charcos la sed amarilla sin aliento.

Te lloran los perros,  
las hormigas,  
el grano de maíz,  
la milpa,  
la troja,  
el sicahüite,  
el dulce de panela,  
tu petate,  
mi hamaca,  
mi madre y mis hermanos.

Te lloran la campana,  
el cura,  
tu compadre,  
el alambrado  
el Cerro de la Bola,  
la Cuesta de la Leona,  
el Sumpul,  
la Peñita,  
el Iramón.

Te lloro  
cuando canto mis palabras.

## A MI HERMANO

*(in memoriam)*

La fe en tu pueblo justificó la lucha.  
No claudicaste ante la muerte,  
más bien tu voz se eternizó en la mía.  
Allí estaban ellos,  
tus hermanos,  
los inocentes hijos de tu padre,  
de tu lucha y de la milpa;  
su dolor es tu dolor,  
su herida se abre en tu partida,  
tu agonía es su agonía.

Cesa el aliento con la tarde,  
y despierta en el silencio  
con la vida.

## LA MUERTE

Tras la puerta,  
se queda sin aliento.  
Agazapada, espera, observa,  
se acerca sigilosa rasgando la pared.  
Mientras, la flor de morro  
cuaja la jícara en secreto.

## A LA ESPERA

Quiero derramar el oscuro secreto,  
amarrar mis manos en el crisol dorado,  
derribar el misterio que se adhiere en la memoria,  
con las manos frías,  
con la piel ajada  
y el corazón en ruinas.  
Quiero escuchar a solas  
el sonido quejumbroso de la muerte solitaria,  
y perder por un instante la luz titilante de las velas  
que, una a una,  
apagarán su fuego.